

tersticios oscuros figuraban graciosas estrellas, y la parte superior y baja del conjunto, estaba ornada con labrados y arabescos de madera incrustados de marfil, concha y plata.

Viéndome el «sheikh» prestar atención tan sostenida á aquel objeto, me invitó á recorrer el interior de la casa. Acepté de buen grado la invitación, pues visitar el palacio era lo único que por entonces deseaba, y solo con el objeto de hacerlo, á este lugar era venido. El «sheikh» se sirvió acompañarme en persona, y sus interlocutores aguardaron entretanto sentados en los divanes.

Entramos primeramente en la sala de recepción, vasto aposento iluminado profusamente por ventanas ogivales abiertas en lo alto del muro. El suelo está tapizado de ricas alfombras de Persia; las paredes cubiertas de antiguas porcelanas azules; cerca del techo en una faja horizontal, hay en los cuatro lienzos de la muralla, versículos del Corán, escritos en grandes bajo-relieves de oro macizo. La bóveda está cubierta de dorados que alternan graciosamente con el fondo pintado de verde. Del centro del techo cuelga, suspendida á un grueso cordón de seda carmesí, una araña de cristal de varios colores, de forma singular; araña secular que, según me ha dicho Fortunato, es el más bello ornamento del palacio del «sheikh», la envidia de los anticuarios y el único objeto curioso de que no ha querido desprenderse su dueño por ningún precio.

En derredor de la sala había mullidos divanes de seda azul bordada de oro, y en el centro de la cabecera principal se alzaba sobre cojines color de púrpura, con grandes borlas de oro, el asiento que ocupa el «sheikh», así en las solemnes recepciones, como en las religiosas asambleas, en que Saddat interpreta el Corán y lo explica, siempre que ocurre algún caso de duda.

Mientras estábamos en esta sala, llegaron tres mozos del «sheikh» vestidos á la europea, con frac negro y corbata blanca. Uno de ellos traía una bandeja de oro ricamente labrada, sobre la que se ostentaban transparentes tacitas de porcelana de la China, que reposaban

sobre copitas de oro artísticamente cinceladas, y salpicadas de pequeñas perlas y rubies. Otro mozo traía tres «narghilés», y el tercero una caja de plata llena de tabaco, y otra más pequeña que contenía buena cantidad de fósforos.

Sentámonos, ó por decir más bien, nos recostamos sobre los mullidos divanes, y tomando las copitas de café, nos dimos á sorber con delicia, el mejor Moka que he saboreado en mi vida. El «sheikh» empuñó el metálico tubo del «narghilé», mientras yo me contenté con fumar un cigarrillo de excelente Korani.

Tres tazas de café tomamos de esta suerte, y permanecemos en la sala cerca de una hora, conversando y fumando.

Al fin sacudimos nuestra pereza, y proseguimos nuestra visita al palacio.

Atravesamos un pasadizo de color bermejo, y nos encontramos en un jardín hermosísimo. Una balaustrada de madera lo rodeaba, y en el interior había calles simétricas que en ángulos rectos lo cruzaban. Una fuente de mármol ostentábase en el centro, y de su taza caía el agua en una hermosa pila de la misma piedra, de donde por anchos canales siempre de mármol, corría límpida y fresca á regar los cuadros cubiertos de verdura y de flores. Cuatro jarrones enormes de alabastro se miraban en los ángulos del jardín, y contra la costumbre musulmana, hermosas estatuas se elevaban graciosamente entre las flores. Jamás jardín alguno me ha parecido más hermoso, ni dispuesto con mejor gusto. El olor de la verde yerba y de las balsámicas flores llenaba la atmósfera, y los pájaros piaban entre las ramas de los arbustos, revoloteando con alegre movimiento.

Este jardín me recordó los bellos tiempos del Islamismo, cuando los sectarios de Mahoma eran sabios y artistas. Ellos convirtieron en jardines las más famosas ciudades de su vasto imperio, y discurrendo entre sus árboles y sus flores, se entregaban á las profundas meditaciones de la filosofía y de la ciencia de los astros.

En el fondo del jardín había también otro «musharabieh» no me-

nos elegante que el del patio. Al pasar cerca de él, oí murmullo de frescas voces juveniles y rumor de risas apenas contenidas. El «sheikh» se apercibió bien pronto de aquel ruido, y lanzó al «musharabieh» furiosísima mirada. En el acto cesaron las voces y las risas, y aun me pareció oír el paso precipitado de las mujeres que se retiraban al interior del aposento.

Del jardín pasamos al gabinete de estudio. Es una gran cámara tapizada de rojo y rodeada de divanes. En una de sus cabeceras hay una especie de plataforma cerrada por un enverjado de fierro y bronce. En esta plataforma, y reposando sobre el suelo ó bien sobre los divanes, se veía enorme cantidad de libros forrados en pergamino. Grandes esferas ocupaban los dos ángulos de aquel extremo del gabinete, y cartas geográficas, compases y útiles de geometría se encontraban diseminados por la alfombra. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas azules, y la media luz que en aquel recinto reinaba, convidaba á la meditacion y al estudio.

Aquel conjunto singular, aquellas esferas, aquellos compases, aquel desórden, y la oriental figura y el traje oriental del «sheikh», me causaban el efecto del laboratorio de un astrólogo árabe de la Edad-Media, de aquellos que consultaban los astros y decían la buena ventura.

Saddat es hombre que ama los libros, y tiene además claro talento. Lástima es que no conozca ninguna lengua europea, y digo que es lástima, porque no podrá instruirse en la filosofía y en las ciencias occidentales, que forman hoy día la civilizacion del mundo.

Visité además el dormitorio del «sheikh», que es muy elegante, y está ornado de grandes espejos, cómodas y mesas de noche á la europea; y finalmente, el comedor, que da frente al jardín, de cuya vista se goza al través de los cristales que forman un lienzo entero de la muralla.

El piso alto está ocupado por las mujeres de Saddat, que son doce: dos georgianas, dos turcas de Constantinopla, dos sirias, y las otras seis egipcias. El «sheikh», como buen mahometano, es suma-

mente corrompido en sus costumbres. Gusta no solo de las mujeres, sino tambien de los niños de once á trece años, de los que tiene siempre cuatro ó cinco en su compañía. Esto es muy horrible, pero en Egipto no hay quien fije la atencion en ello, porque tal costumbre es generalmente admitida. Excusado es decir que yo no visité el harem, donde, como en todos los demas, no entra mas hombre que el despótico señor de las miserables siervas.

Saddat es muy rico. Tiene tres ó cuatro palacios en el Cairo, é indistintamente los habita, pues la servidumbre en todos ellos está eternamente dispuesta para esperarlo. Trata con el virey de potencia á potencia, y tiene la costumbre de hacerle y esperar visita, como si se tratara de un particular. Bien se comprende que en un país mahometano se tenga gran respeto á un descendiente de Mahoma; así que no son de extrañarse las deferencias que el Khédive mismo guarda con respecto á este vástago de la familia del profeta.

Concluida nuestra visita al palacio, volvimos al corredor, y nos sentamos de nuevo en los divanes.

Las personas que aguardaban al «sheikh», se acercaron á él cuando se sentó, y hablaron mucho y á voz en cuello. Era una caravana de «derwishes» giradores, rezadores y gruñidores. Venían á exponer á Saddat algunas dudas religiosas, y él las zanjó en el acto. Al despedirse del «sheikh», terminado su objeto, se llegaron á él de uno en uno, llevándose la diestra sucesivamente al pecho, á la boca, y á la frente, y concluyendo por tomar la mano del «sheikh» y besarla con respeto.

Poco despues me despedí yo tambien de Saddat. Me hizo grandes instancias para que volviera pronto á verlo, y me dijo muchas cosas amables. Le prometí que no dejaria el Cairo sin hacerle otra visita, y salí de su casa llevándome de él grato recuerdo.—

Aquella noche, al salir de mi hotel encontré el cortejo de un novio que acababa de casarse, y hacia, segun la costumbre del país, un paseo triunfal por la calle.

Rompiendo la marcha iban los músicos, que hacían sonar varios pitos y tambores con desagradable estruendo. A continuación venía una reunión de hombres vestidos en traje de gala, con antorchas en la mano. En medio de ellos caminaba un joven, niño por decirlo mejor, de diez y seis años. Este niño era el novio.

Cerraba la marcha grande acompañamiento en burro y coche, de niños y curiosos.

El cortejo se paró en aquel instante, y yo me acerqué por ver lo que en materia de ceremonias se hacía. La música tocaba un són muy animado. Los hombres que formaban el acompañamiento se extendieron en círculo por toda la anchura de la calle. El novio quedó en medio, y, acomodando sus movimientos á la cadencia musical, se dió á hacer contorsiones extraordinarias.

—¿Qué quiere decir esa pantomima, Fortunato? pregunté á mi dragoman.

—Es, me contestó, que el novio hace la historia de sus amores, desde su más remoto principio hasta el matrimonio.

Me pareció aquella historia muy singular, y confieso que no pude comprenderla, ni después de la explicación de Fortunato.

En medio de la novedad que tal espectáculo me causaba, no podía menos de compadecer á aquel niño, que antes de saber lo que era el matrimonio, iba ya á echar su carga sobre sus débiles hombros.

En Oriente es costumbre que los hombres y las mujeres se casen apenas salidos de la infancia. El matrimonio en edad tan temprana tiene sus inconvenientes; pero ofrece también grandes ventajas. Los esposos se unen siendo enteramente puros, y encontrándose libres de malos hábitos. El objeto de la naturaleza no se tuerce: una larga familia es mirada como bendición del cielo, y los padres alcanzan á ver la descendencia de sus hijos, y de los hijos de sus hijos, llegando á ser en su vejez verdaderos patriarcas, como en los tiempos de la Biblia.

La mujer infecunda se tiene por desgraciada, porque los hijos for-

man el honor de la familia. El padre y la madre toman el nombre del primogénito, y abandonan el que antes tenían. Por ejemplo. Dos casados, Hassan y Fatma, tienen un niño á quien dan el nombre de Elías; pues bien, de aquí en adelante, el padre no se llamará Hassan, sino Abu-Elías («abu» quiere decir padre), ni la mujer se llamará Fatma, sino Um-Elías («um» quiere decir madre). De Um-Elías se han formado Emma, Amelia y Emilia, y esto sea dicho entre parentesis. Los esposos que por falta de sucesión se ven precisados á conservar su nombre, se tienen por deshonrados.

Pasó el cortejo del novio y en pos de él, siguió el de la novia. Los músicos caminaban delante. Inmediatamente después iba un grupo de mujeres con traje azul y manto negro de seda; detrás de ellas venía la novia enteramente cubierta, hasta los pies, por un lienzo blanco, con una corona de flores en la cabeza, y con las manos apoyadas en los hombros de dos mujeres que la conducían lentamente. A su espalda marchaban dos hombres, que pendiente de un grueso tronco que llevaban á cuestas, conducían una especie de vieja lámpara de cristal, cuyo significado ni entendí entonces, ni ha habido quien pueda explicármelo más tarde. Cerraban la marcha dos chicos cargando una pequeña cuna enteramente ordinaria, pintada al óleo de rojo y amarillo, y una caja dorada, de regular volumen. La cuna y la caja son las «sponsalitiæ largitates» obligadas entre mahometanos, y los esposos no dan paso al matrimonio hasta que pueden hacer estos gastos, pues de otro modo se tienen por hombres sin delicadeza, que no sabrán soportar honrosamente las cargas matrimoniales. Multitud de muchachos con teas en la mano, formaba el ambulante alumbrado de aquel curioso cuadro de costumbres, y á la luz roja de la resina, parecía la procesión de un santo de escultura aun no concluida, y velado á los ojos del público.—

Los meses de Febrero, Marzo y Abril son considerados en Egipto como fastos, y durante ellos, y no en otra época alguna del año, se celebran los matrimonios. Los novios esperan tranquilamente que

este tiempo llegue, y por ningun caso consienten antes en casarse. Esta paciencia en el esperar, sería inexplicable en Europa ó América, donde los amores que anteceden al matrimonio suelen ser fogosos como los de novela. Pero en Egipto y en todo el Oriente, donde los novios no se conocen, ó al menos el hombre no ha visto jamás el rostro de su prometida, puede muy bien dejarse correr el tiempo libre de sobresaltos.

Un día despues del matrimonio es conducida la mujer á la casa del marido. Ella no deja el hogar paterno sin gritar, llorar, mesarse los cabellos, y dar otra multitud de patéticas muestras de dolor y desesperacion; y claro está que aunque en realidad se alegre de haberse casado, está obligada á hacer estas comedias, pues así lo exige la costumbre. Llegada á la habitacion nupcial, el esposo tiene el derecho de levantar el velo y conocer el rostro de su compañera, y hasta entonces sabe el buen mahometano si es bonita ó fea, si le enamora ó le causa asco. ¡Pobre de aquel que tras tanto misterio venga á encontrarse con un mónstruo! En todo caso, le queda el recurso del divorcio, que es la ley del fuerte y la prostitucion de la mujer.

No hay mas hombre que tenga derecho de ver el rostro de la mujer, exceptuando las personas de su familia, que el marido; por cuyo motivo es signo matrimonial el levantar el velo. Un hombre cualquiera que levantara el de una mujer que no fuera la suya, acarrearía sobre su cabeza el furor de los celosos musulmanes, que lo despedazarían en el acto como á un perro; pues todos ellos en este caso harían causa comun, mirando la ofensa como directamente ejecutada contra la dignidad del hombre.

Lo mas curioso es que los cristianos de Oriente, ó bien aquellos que lo han habitado durante largo tiempo, adoptan las costumbres musulmanas, en lo relativo á la vigilancia con sus mujeres. Yo he tratado con un italiano residente en el Cairo desde 1853, que no daba á conocer á su mujer á ningun hombre, aun cuando fuese su ami-

go mas íntimo; y no le permitía salir nunca de su casa sino dos veces por año, velada cuidadosamente y acompañada por él. Este italiano me ha dicho varias veces conversando conmigo en el seno de la confianza, que se sentía dispuesto á matar al primer hombre que viese el semblante de su esposa. Esto no impedía, por supuesto, que tal hombre estuviese bien lejos, por su parte, de ser un tipo de fidelidad conyugal.

Los celos exagerados son siempre inícuos, y forman indispensablemente una víctima, que es la parte débil, que se sacrifica sin recompensa. Así, los mahometanos que ponen tanto esmero en vigilar á la mujer, en ocultarla y esclavizarla, pasan volubles de un amor á otro, entre las beldades de sus bien poblados serrallos. Por esto creo que con razon se ha dicho que los celos son hijos mas bien que del amor, del amor propio.